

CONTRA EL ESPEJO

Jose Tovar



letradepalo
ediciones

www.letradepalo.es

Contra el espejo

© Jose Tovar, 2019

© Ediciones Letra de Palo, S.L., 2019

<https://letradepalo.es/>

editorial@letradepalo.es

Fotografía del autor: Studio Lucena Elche

www.fotolucena.com

Asesoras de imagen: Mari San Nicolás, Erika Trabalón

(Marisán Peluquería & Estética)

Diseño de portada y maquetación: Letradepalo

Impreso en: Printgroup SP. z o.o.

ISBN: 978-84-15794-74-5

Depósito Legal: A 436-2019

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibido reproducir, almacenar o transmitir alguna parte de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.), sin la autorización por escrito de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

*Matar es fácil; mucho más fácil
que pasar un cheque falso.*

Perry Smith en *A sangre fría*

TRUMAN CAPOTE

PREFACIO

La mañana había despertado gélida, aunque yo hacía ya mucho tiempo que había dejado de sentir frío. Las suaves hojas de los árboles me acariciaban, y las gotas de escarcha que las bañaban iban depositándose en mi rostro, en mis manos, en mi ropa cada vez más húmeda, rompiéndose sobre mí y mezclándose con el sudor que ya empezaba a cubrir mi cuerpo. Una rama baja que no conseguí esquivar a tiempo me alcanzó, azotándome la cara y haciéndome perder el equilibrio. Enseguida noté un viscoso hilillo que se deslizaba por mi mejilla. Dejé escapar un involuntario quejido de dolor, y temí que pudiera delatarme. Inconscientemente aceleré la carrera intentando alejarme de mi perseguidor. Giré la cabeza para comprobar si conseguía ganar terreno y eso me desequilibró de nuevo, cayendo sobre la seca hojarasca que crujió bajo el peso de mi cuerpo. El moho del suelo me produjo un insoportable picor al mezclarse con los sangrantes arañazos. Me incorporé de un salto y seguí corriendo, con la sensación de que pronto me daría alcance.

Jadeante por el esfuerzo, aumenté la velocidad a través del bosque húmedo y gris, girando levemente a la izquierda para intentar llegar cuanto antes al camino que lo separaba del pueblo. Creí que había conseguido despistarlo, pero la sombra que se deslizaba entre los árboles se iba acercando a mí. Volví a acelerar la carrera, y aunque las piernas ya empezaban a fallarme por el tremendo esfuerzo, seguí dando zancadas entre aquella maraña de árboles que me oprimían.

Empezaba a llegar al límite de mis fuerzas. Volví a tropezar y a malas penas contuve el equilibrio. Mi entrecortada respiración me avisaba de que a ese ritmo no aguantaría mucho más, mientras sentía cada vez más cerca aquella presencia.

Le vi acercarse por mi derecha, y aunque no podía ver con claridad quién me perseguía, sus intenciones no me parecieron nada amigables. No lograba discernir si se trataba de hombre o mujer ya que se cubría la cabeza con el gorro de su sudadera, y aunque la distancia que nos separaba era cada vez menor, la escasa iluminación no me permitía distinguir su rostro.

Cada vez le sentía más cerca: pronto me alcanzaría. Estaba agotado, pero ya veía próximo el claro que ofrecía el bosque junto al pueblo. Giré la cabeza de nuevo y volví a tropezar, y esta vez sí que acabé en el suelo. Mientras, aquella figura seguía corriendo hacia

mí. Desde el suelo advertí que algo brillante colgaba de su mano derecha pero no podía distinguir qué era. No me quedé a comprobarlo. Me alcé y seguí corriendo a toda velocidad hacia la que parecía mi única posibilidad de escapar, convencido de que si llegaba al camino de alguna manera podría librarme de ella.

Estaba ya tan cerca... Por vez primera estuve seguro de que lo iba a conseguir. En un último esfuerzo aceleré al máximo y vi cómo iba dejándolo atrás. Cada vez quedaba menos. Pero en pocos segundos mi perseguidor consiguió reducir notablemente la distancia conmigo y se iba acercando peligrosamente por mi costado derecho. Lo sentía detrás de mí. Ya divisaba el claro del bosque, y algo más allá, la carretera que llevaba al pueblo. Lo iba a conseguir. Sabía que si alcanzaba esa carretera estaría a salvo. Solo unos metros y me libraría de él. Seguí corriendo hasta que, inesperadamente, noté su mano sobre la espalda aferrándose a mi jersey. En ese instante, un dolor punzante mordió mi hombro, que se acrecentó cuando tiré con todas mis fuerzas sintiendo cómo se desgarraba mi carne. El pánico me impidió mirar atrás. No sé de dónde saqué las fuerzas, pero ese miedo me hizo dar dos grandes zancadas hasta que logré zafarme de él. Me quedaban escasos metros para salir del bosque. Salté como pude, asustado, dolorido y extenuado, hasta que logré dejarle atrás. Estaba fue-

ra, y notaba cómo aumentaba la distancia con aquel tipo. Imprudente, pensé que ya no me seguía, y me paré para inhalar una gran bocanada de aire que renovara mis castigados pulmones. Me giré, apoyando las palmas de mis manos sobre mis rodillas mientras respiraba jadeante, y le vi parado justo en el linde del bosque. Con las piernas separadas, se llevó la mano que tenía libre a la capucha y lentamente se desprendió de ella, como queriendo atrasar el momento de descubrirse por completo, fijando su amenazante mirada sobre mí. Lo tenía a algo más de cincuenta metros y me quedé helado al contemplar al fin su rostro. El sudor que había impregnado mi cuerpo se enfrió de golpe y empecé a tiritar, más de espanto que de frío. Sus ojos, sus labios, su pelo... ¡su rostro! Si no hubiera sido por su extrema delgadez, habría asegurado que aquel hombre..., era...

No me propuse averiguarlo. Quería llegar cuanto antes al centro de salud más cercano para curar mi herida. Instintivamente me llevé la mano al hombro al advertir que ya no sentía ningún dolor. Me deshice rápidamente del jersey que imaginé lleno de sangre y palpé mi cuerpo desnudo en busca de una evidencia que verificara lo ocurrido hacía apenas unos segundos. Nada. No había nada que hiciera pensar que había sido agredido. ¡Qué insensatez! Había olvidado que escasos metros me separaban de él. Pero al alzar la vis-

ta de nuevo el tipo había desaparecido, dejando al descubierto mi creciente fragilidad.

PRIMEROS DE MAYO DE 2010

La doctora Berton siguió observando a Max sin decir nada. Esperaba que él se vaciara por completo, que se desahogara y expulsara sus demonios antes de volver a preguntarle.

—Max, ¿a quién viste realmente en tu sueño?

—¡Le repito que no fue un sueño! —replicó Max, esforzándose por intentar que la doctora le comprendiera—. Fue real. ¡Y no ha sido la primera vez! Sea quien sea ese hombre, me persigue, y no sé qué quiere de mí. Pero sospecho que nada bueno.

—¿Por qué estás tan seguro? —le interrumpió la doctora—. Si ha tenido ocasión de hacerte daño y no lo ha hecho, quizá solo quiera comunicarse contigo. Puede que sepa algo de lo que ocurrió en Gascuña.

—Eso no es posible, doctora. Allí solo estuvimos Alicia y yo. —Max la miró fijamente, reprochándole que hubiera olvidado su exposición de los hechos tan rápidamente. O lo que pudiera ser peor, que no le creyera—. Pudo hacerme daño. Aún no entiendo qué pasó, pero yo sentí ese dolor.

—¿Estás completamente seguro?

—Yo ya no estoy seguro de nada —contestó Max tristemente.

La doctora Berton contempló cómo su paciente se sumía en una enorme preocupación. El hombre, de elevada estatura, parecía cada vez más pequeño ante ella. Le dio la impresión de que había perdido peso, aunque conservaba ese cuerpo atlético que observó en su primera consulta. Sus ojos marrones desprendían ahora una oscuridad desconocida, dejando asomar el miedo que le estaba torturando tras los últimos acontecimientos. Max no paraba de enmarañarse el rebelde cabello negro con sus largos dedos. Lo que le contaba no tenía sentido. Se sentía amenazado por alguien que él aseguraba que era real, y su cometido principal sería descubrir la verdad, y hacérsela entender a Max.

—Está bien, lo dejaremos por hoy —le dijo mientras terminaba su última anotación—. Quiero que escribas detalladamente todos tus encuentros con ese hombre. Tómate tu tiempo. Analiza todos los detalles, piensa en ellos por insignificantes que te parezcan, repásalos una y otra vez. Quizá descubras algo que no has advertido antes.

—Tenemos que acudir a la policía —le interrumpió Max.